

El hombre por quien lloran los parias

India muestra su pesar por el fallecimiento del cooperante español Vicente Ferrer tras 55 años entregado a los desposeídos

ANA GABRIELA ROJAS

India llora la muerte de un líder en la lucha a favor de los desposeídos. Miles de indios se congregaron ayer en Anantapur, al sur del país, para despedirse del filántropo Vicente Ferrer, referente de la cooperación internacional, fallecido ayer a los 89 años tras sufrir graves complicaciones cardiorrespiratorias como consecuencia de una embolia cerebral padecida hace tres meses. Murió "en paz y tranquilo", según señaló ayer su hijo Moncho. El cooperante pasó sus últimas horas rodeado de su mujer, Anna, y sus tres hijos. "Al final está donde él siempre quería".

La reacción multitudinaria fue espontánea tras conocerse la muerte del que llamaban *father* (padre). En un salón de actos de la Fundación Vicente Ferrer en Anantapur se improvisó una capilla ardiente a la que llegó gente durante todo el día y hasta bien entrada la noche. Una banda de música ponía Melodía al adiós, mientras grupos de mujeres lloraban desconsoladas.

Los 55 años de trabajo en India convirtieron a Ferrer en una institución en el subcontinente. En Anantapur una región árida y paupérrima con elevados índices de analfabetismo trabajó sin descanso durante cuarenta años. Puso en marcha hospitales, escuelas, pozos y caminos para mejorar la vida de los desposeídos los *dálits* (intocables). "Fue un auténtico líder revolucionario", subrayó ayer el periodista Alberto Oliveras autor de la biografía *Vicente Ferrer la revolución silenciosa*. "Era un hombre fuerte, un líder con carisma sobre las masas, que le seguían como a un gurú", añadió Oliveras a Europa Press, al recordar las manifestaciones que apoyaron al misionero en 1968, cuando fue expulsado de Bombay debido al recelo de las autoridades indias.

"Hay mucha conmoción: la gente está tristísima, sobre todo los más pobres y explotados. Saben que hemos perdido a un hombre que ha sido muy importante en el desarrollo no solo de este Estado, sino de toda India", explicó por teléfono a este diario Khasim Peera, director de la prestigiosa ONG Mass Educación Society radicada también en Anantapur.

No solo los más de 135.000 niños sin padres que apadrina la fundación, sino también todos los españoles nos hemos quedado un poco huérfanos", lamenta el ministro consejero de la Embajada de España en Nueva Delhi, Gonzalo Ortiz. Sí, hay tristeza, y mucha, pero en general la gente está serena, "convencida de que el espíritu de Vicente seguirá aquí", asegura la portavoz de la fundación en India, Blanca Romañá.

Unos 2,5 millones de persona en más de 2.000 pueblos y aldeas se benefician de los proyectos que puso en marcha Ferrer. Y según los allegados al cooperante, el trabajo seguirá. "Mi padre quiere que sigamos con el trabajo", anunció su hijo Moncho en RNE.

La fundación difundió un comunicado en su web en el que se compromete a "continuar con la gran labor que él comenzó, así como a difundir sus ideales de compromiso con los más desfavorecidos y la acción para remediar el sufrimiento". Anna Ferrer, la viuda, asegura que el difunto "no se ha marchado" sino que vive en cada rincón de Anantapur, en cada parte del trabajo en nuestras aldeas. Para todos nosotros en India y en España, él sigue viviendo a través de sus sencillas palabras y mensajes".

Ferrer, que recibió el Premio Príncipe de Asturias a la Concordia en 1998, también ha visto reconocido su trabajo en Internet. Más de 14.200 personas se han reunido en la red social Facebook para pedir la concesión del Premio Nobel de la Paz a la Fundación Vicente Ferrer (apps.facebook.com/causes/210215?m=94c030cl). Además, la web de la fundación ha recibido miles de mensajes de apoyo. Los Reyes y los Príncipes de Asturias también enviaron ayer telegramas de condolencia a la familia Ferrer.

El filántropo padecía una mala salud desde hacía años. En marzo el cooperante catalán sufrió una embolia que lo obligó a estar hospitalizado varias semanas. Después pudo volver a casa, pero el jueves por la noche tuvo una recaída debida a graves complicaciones cardiorrespiratorias.

Murió "en paz" en la madrugada de ayer, rodeado de su familia.

Ferrer aceptó su muerte con "tranquilidad", según señaló Lancy Dodem, el primer niño intocable que fue apadrinado por Ferrer y que hoy es el portavoz de la fundación en España. "Era consciente de que debía marcharse pero de que su labor tenía que continuar, señaló Dodem a EP.

"Valía la pena venir desde tan lejos. Y nos quedaremos aunque tengamos que esperar mucho, porque él ha sido como un dios para nosotros", considera Sasi, un indio que trabaja como traductor de español para la fundación de Ferrer. Sus palabras resumen los comentarios de quienes hacían cola ante el féretro. "Es una gran pérdida, y en especial para grupos de población más vulnerables", subrayó en un comunicado Jordi Folgado Ferrer, director de la fundación. La entidad administra hospitales, cientos de escuelas y ha distribuido miles de viviendas y ha aplicado sistemas de riego y de protección del medio ambiente. A Ferrer se le recordará por ser un trabajador incansable por luchar siempre por los más desfavorecidos. E incluso por ser un poco "testarudo" para cumplir sus ideales. Y también por su buen humor, coinciden quienes lo conocieron. El próximo lunes se celebrará el funeral y Ferrer será enterrado cerca de Anantapur. La familia y la fundación se preparan para un evento multitudinario de despedida.



Vicente Ferrer, durante un homenaje del pueblo de Amantapur.

La brújula del corazón

PEDRO MIGUEL LARNET

Desde muy joven había hecho sangre el *magis* ignaciano, un momento en que, en sus Ejercicios Espirituales, Loyola pone al ejercitante en el dilema del más. Vicente Ferrer, como Francisco Javier o Ignacio Ellacuría, vivió desde entonces el riesgo de la frontera. Lo hizo durante la Guerra Civil española. Pero sobre todo cuando decidió marcharse a India a vivir para los más pobres.

Sucesor de aquellos valientes jesuitas de las reducciones del Paraguay, se adelantó a la intuición del padre Arrupe y sabía que no se puede predicar la fe sin luchar contra el hambre, la incultura y la injusticia. "Resistid, cavad pozos, y os pagaré con trigo y aceite", les decía a los desposeídos de Bombay y les mostraba cómo conseguir ellos mismos bombas para sacar agua. ¿Hay algo más subversivo que levantar la dignidad de los seres humanos? Aquel terremoto supuso su expulsión de India, su decisión de abandonar la Compañía de Jesús y el reconocimiento de la propia Indira Gandhi.

Pero "el milagro de dar", como él lo llamaba, está ya en marcha con su dinámica contagiosa.

Hoy, en la era de las ONG parece obvio. Entonces --¿recordáis el programa de la SER *Ustedes son formidables?*-- fue todo un revulsivo, el paso de todo un profeta. Convertido en ícono de solidaridad creativa, recuerdo que un día le pregunté: "¿Qué

te mantiene tan vivo, Vicente?". "El corazón es mi brújula", me respondió. "Y ¿qué política salvará al mundo?". "Convéncete: la mejor política es la de amar al prójimo como a uno mismo"

Simple pero eficaz respuesta también para los políticos de aquí y ahora.

Pedro Miguel Lamet es teólogo, periodista, poeta y escritor.



Una multitud de indios hacen cola para despedir al cooperante español.

El filántropo inmortal

JUAN G. BEDOYA

"Hay personas que no deberían morir, porque son valiosas, porque son amadas, porque son únicas". Esto es lo que escribió en marzo pasado Padre Ángel desde Anantapur, al sur de India, a donde había acudido apresuradamente porque le habían dicho que Vicente Ferrer se estaba muriendo deprisa. El padre Ángel García, el sacerdote católico diocesano fundador de Mensajeros de la Paz, estuvo unas horas con Ferrer y envió a sus amigos un mensaje de consolación, por correo electrónico. Era una hermosa y emocionante oración fúnebre. Vicente Ferrer había colmado ya los 88 años (en abril pasado cumplió 89), y llevaba años sufriendo una pésima salud de hierro. El último incidente era una embolia, la pasada Navidad. Parecía irreversible. Pero el padre Ángel, él mismo muy enfermo, resistente por encima de lo humano, mandaba también una señal de esperanza, como si diera por sentado que

hay personas tan necesarias que deben ser respetadas de modo especial por la muerte. Recordaba un piropo a un torero, una tarde en Andalucía: "Maestro, no te mueras nunca". Era lo que aquel día, ante las noticias de la lenta agonía del padre Ferrer, estaban gritando, corazón adentro, cientos de miles de personas en España, en India, en todo el mundo: ""Vicente, no te mueras nunca. Y va a ser cierto", se consolaba Padre Ángel. No ha sido posible. Ferrer ha muerto esta madrugada a la 1.15 (hora española) en su casa en Anantapur (India).

Hay religiosos cuya sola existencia hace disculpar las muchas desgracias y atrocidades que han causado a la humanidad las religiones de uno u otro signo. El jesuita Vicente Ferrer es uno de ellos. Como pronosticó desde India el padre Ángel, "Vicente Ferrer no va a morir nunca. Le suban o no a los altares, a Vicente Ferrer, que fue un santo en vida, le espera la Gloria. No la gloria mundana, que su exquisita sencillez siempre quiso evitar, sino la verdadera, la buena, la definitiva". Es la esperanza de un creyente. Entre mundanos, Vicente Ferrer seguirá vivo, sobre todo, entre los pobres de solemnidad a los que ayudó de todas las maneras posibles en Anantapur, una zona rural en los desiertos del sur de India. Su inmortalidad son los hospitales, escuelas, casas, pozos, caminos, etcétera que levantó con un tesón sobrehumano en cientos de comunidades y pueblos. Suya es, además, la inmortalidad de un ejemplo universal de la mejor filantropía.

Cuando hace unos meses *El Periódico de Cataluña* eligió a Vicente Ferrer Catalán del Año 2008, el anuncio festivo de la noticia se hizo con una canción de Sopa de Cabra interpretada por Gerard Quintana y Eva Amaral. "Vam deixar-ho tot / el cor encés pel món". Eso es lo que había hecho cincuenta años antes Ferrer: abandonarlo todo y lanzarse al mundo con el corazón encendido. En ese medio siglo, el famoso cooperante barcelonés ha cambiado la vida de cientos de miles de desposeídos y se erigió en un referente internacional del trabajo humanitario. Entre los muchos premios y distinciones que recibió destaca el Príncipe de Asturias de la Concordia, en 1998.

La biografía de Vicente Ferrer es impresionante, novelesca. Hay varios libros que lo atestiguan. El primero lo escribió Alberto Oliveras, con el título *La revolución silenciosa*. Oliveras fue el alma de un programa de radio emitido por la cadena Ser entre 1960 y 1977, los miércoles a las diez y media de la noche. Se llamaba *Ustedes son formidables*. Era un instrumento magnífico para llamar a la solidaridad ciudadana ante situaciones dramáticas, cotidianas o excepcionales. El programa marcó una época y Vicente Ferrer fue muchas veces protagonista. De entonces acá han llovido más libros, uno del propio Ferrer, titulado *El encuentro con la realidad*. El último es de hace apenas un año, firmado por Anna Ferrer y editado por Espasa con el título *Un pacto de amor. Mi vida junto a Vicente Ferrer*.

En realidad, Anna Ferrer se llama Anna Perry, nacida en 1947 en Essex, al sureste de Gran Bretaña. Reportera de la revista *Current*, un día le encargaron un reportaje sobre el jesuita cooperante español. Meses después decidió volver a su lado, como una trabajadora más. Acabó casándose con el jesuita español, en una boda cuya noticia dio la vuelta al mundo. Tienen tres hijos. Cuando le preguntaban cómo pudo construir tantos proyectos desde la nada, Vicente Ferrer, bajito y delgado, vestido siempre con una camisa de color caqui, unos pantalones de algodón y unas sencillas sandalias, solía contar la reacción de una persona a la que le describió el personal y la organización que le acompañaba. Incluyó a su mujer. "Es inglesa", precisó Ferrer. "¡Claro, eso lo explica todo! ¡El latino y la sajona!", sentenció el curioso.

Ferrer nació en Barcelona el 9 de abril de 1920. No era buena fecha para venir al mundo en España. Debió pensar lo que Vicente Ferrer el día en que, a los 16 años, pidió el carné del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). Pronto fue llamado a filas para luchar en la guerra civil que desató en el verano de 1936 un golpe militar nacionalcatólico. Le tocó batallar en el Ebro en 1938. En la retirada del ejército vencido hacia Francia tras la caída del frente de Cataluña, Ferrer fue internado en el campo de Argelés-sur-Mer. No había cometido delito alguno salvo ser joven y revolucionario pero fue entregado por las autoridades francesas a las franquistas en Hendaya, e internado en el campo de concentración de Betanzos. Allí pasó lo que quedaba de 1939. Liberado, tuvo que cumplir de nuevo el servicio militar: en total siete años de movilización contando los años de guerra, la reclusión en los campos de castigo y de nuevo el servicio militar. Pese a todo, conservó las ganas de luchar. En 1944 abandonó sus estudios de Derecho y se hizo jesuita, con la idea de "ayudar a los demás".

En 1952 es enviado a Bombay como misionero para completar su formación espiritual. Es su primer contacto con India. Ya no paró de trabajar para erradicar el sufrimiento de los más pobres de ese país. Muchas veces, su labor generó suspicacias entre los dirigentes políticos, aún mayores entre los mandamases de la Compañía de Jesús. No lo expulsaron de la congregación, pero sí de India. Treinta mil campesinos, secundados por intelectuales, políticos y líderes religiosos, se movilizaron en una marcha de 250 kilómetros para protestar. La primera ministra Indira Gandhi intervino con una solución salomónica. Ferrer se marcharía a Europa para "unas cortas vacaciones", y sería bien recibido de vuelta otra vez en India siempre que cambiase de lugar de residencia. Ocurrió en 1968.

Vicente Ferrer regresó a España. Pronto, Indira Gandhi se preocupa por su tardanza en volver. "¿Por qué no está aquí ya?", preguntó a los amigos del tozudo y providencial misionero. Lo hizo casi un año después, en 1969, y se instaló en Anantapur (Andhra Pradesh), uno de los distritos más pobres del país. Ese mismo año dejó la Compañía de Jesús y creó, junto a quien será su esposa unos meses más tarde, la Fundación Vicente Ferrer. Hoy gestionan cinco hospitales y cientos de escuelas, levantados con las donaciones de 130.000 padrinos. Cuando faltaba dinero (es decir, casi siempre), Vicente Ferrer siempre encontraba a alguien --persona física o institución-- que le solucionaba *in extremis* sus aperturas financieras. También llevó adelante miles de programas de ayudas a agricultores para dotar de agua sus poblados y de créditos para sus actividades.

Es el imperio de la cooperación, una tarea impresionante incluso para quienes, como el asturiano Padre Ángel, están siguiendo sus pasos con tesón y bondad increíbles. En definitiva, con Vicente Ferrer desaparece un filántropo gigantesco y un español universal (permítase ahora tópico tan conveniente).

El País, 20 de junio de 2009